

GACETA DEL ÁNGEL ¡Luz, más luz!

GERMÁN DEHESA



Dicen que Wolfgang Goethe pronunciaba insistentemente estas palabras en su lecho de muerte. No es seguro. Lo que sí es seguro es que su Charro Negro que ya linda los 65 años (cumpleaños próximo. Prepare su cuota) las ha pronunciado a lo largo de todas las tardes de esta semana: ¡luz, más luz! con la variante de que, entre luz y luz, he entreverado macizas leperadas y mortíferas mentadas de madre dedicadas a quien resulte responsable que, según tengo entendido, es la Compañía de Luz y Fuerza del Centro. Cada vez que se va la luz (y se va a cada rato) siento como si me aplicaran un sacagrapas en el pubis. Esta casa de piedra y flores es una sabia combinación de tradición y modernidad. Dentro de este segundo rubro hemos de considerar la importante cantidad de chunches electrónicos que tengo y que deben (ja, ja) estar siempre prendidos y enchufados a la corriente eléctrica. Por favor, no se hagan la imagen de su Charro Negro como un científico loco de esos que salen en el Cine Mexicano casi siempre caracterizados por Carlos Monden o por un hombre alto y pelón igualito al Chelís, pero mucho más malo. En su laboratorio siempre tenían, en calidad de ayudantes, a Tere o Lorena Velázquez, dos glorias del arte histriónico mexicano. Siempre salían en traje de baño, aunque nunca nos explicaban por qué o para qué en la difícil tarea de ser auxiliares de científico-

co egresadas del Miguel Ángel o de La Universidad Motolinía, dos instituciones científicas de renombre mundial, tenían que ponerse el traje de baño brillisito. ¿Así, o le muevo más?, solía preguntar Tere Velázquez mientras meneaba un tubo de ensaye y ponía al científico en el trance de alburearse a su ayudante.

Pero todo esto comenzó por querer ser una explicación de por qué un humanista reñido con la tecnología tiene en su casa todo tipo de aparatos que no son otra cosa que los frutos malignos del árbol de la ciencia y la tecnología. Pues sí, sí los tengo, pero los tengo porque son mis herramientas de trabajo y pertenecen en su totalidad al departamento que encabeza en Dehesa's Inc. la ingeniera Rosachiva quien en esta mañana de domingo corrió 11 kilómetros en la Carrera Anual de las Orates Atléticas y ahorita la tengo aquí a mi lado babeando sobre el teclado y quejándose de dolores múltiples y poco propios de una chica casadera. Ella es la que lidia diariamente con estos chunches fabricados en Estados Unidos, en Japón, o en Europa con el consenso de que habrán estos aparatos de funcionar con una corriente eléctrica pareja e ininterrumpida. Imagínense a estos aparatos enchufados a ese desmoche que es nuestro tartamudeante suministro de electricidad. Imagínense a un ministro religioso alemán metido de golpe en el Tenampa. Más o menos eso es lo que ocurre con nuestros aparatos que comienzan a tronar, a lanzar chispas y a observar comportamientos totalmente bizarros. Entonces viene el técnico que casi casi

nos regaña por vivir aquí y nos dice que, por lo menos, hay que ponerle a cada aparato unas madrolas que se llaman No Brake, unos y otros, reguladores de voltaje. Al rato y si nos descuidamos, tenemos una torre de artefactos para cuidar la virginidad de nuestra computadora. ¿Y todo por qué?, pues porque vivimos en la Ciudad de México donde el sindicato se ha encargado de robar a placer, de reciclar equipo ya obsoleto y disfuncional y obtener buena lana de su permanente estancia trepados en una escalera con su casco.

Todo esto funge como telón de fondo a las cinco veces que la luz se ha ido de esta casa por más de una hora impidiéndome trabajar y dañando mis costosas propiedades. Y luego se espantan de que queramos votar en blanco.

¿QUÉ TAL DURMIÓ? MDLXXII (1572)

¿Qué tal dormirá el responsable de la muerte de los 46 niños de Hermosillo?

Cualquier correspondencia con esta columna con apagones, favor de dirigirla a dehesagerman@gmail.com D.R.

